# ALICE GUY



Emmanuelle Gaume

# ALICE GUY

## La primera directora de cine de la historia

Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

CIRCE

Primera edición: Septiembre, 2025
Título original: «*ALICE GUY*».
© Copyright PLON, 2015.
© de la traducción: Jofre Homedes Beutnagel, 2025
© de la presente edición: CIRCE Ediciones, S.L.U.
Avda. Roma, 157
08011 - Barcelona
Tel.: 93 204 09 90

ISBN: 978-84-7765-323-3

Depósito legal: B 11263-2025
Fotocomposición gama, sl
Maria Calvet, 11
08790 Gelida, Barcelona
Impreso en España

Derechos exclusivos de edición en español para todos los países del mundo.
Cubierta y diseño: Natalia Pàmies
Fotografía de cubierta: Photo by Donaldson Collection / Getty Images.
Fotografía página 2: Fotograma de *La fée aux choux*, Alice Guy (1896).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada informáticamente o transmitida de forma alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo de la editora.

*Para Régine Blaché-Bolton*

«Era una directora excepcional, de rara sensibilidad, con una mirada increíblemente poética y un instinto fabuloso para elegir los mejores sitios en los que rodar. Escribió, dirigió y produjo más de mil películas, pero fue olvidada por la misma industria que había contribuido a crear.»

MARTIN SCORSESE,
discurso pronunciado en Nueva York
durante la concesión a Alice Guy del
premio Lifetime Achievement Award
del Directors Guild of America al conjunto
de su carrera, octubre de 2011

*Valparaíso, octubre de 1878*

La niña tenía cinco años cuando vio a su padre por primera vez. Su madre le había señalado una silueta alta y negra diluida en la bruma matinal, una forma impresionante que iba aumentando de tamaño a medida que la lancha –enlace entre el buque y el embarcadero– se acercaba al muelle. No descubrió su cara hasta que él se agachó para tomarla de los brazos de un marinero y depositarla en tierra. Después de unos pasos vacilantes para ir con su madre, la niña, mareada, se cayó. Mientras la ayudaba a levantarse, su padre dio órdenes a los empleados que traían el equipaje en un idioma desconocido para ella.

En el puerto de Valparaíso soplaba un viento gélido. La niña tiritaba del brazo de su padre. Tenía ganas de llorar. Hacía dos meses que había salido de Suiza, y desde entonces no veía nada que le resultase familiar.

–¡En marcha! –ordenó Émile Guy.

A la niña, que acababa de instalarse, le dio por subir al asiento del cochero.

–Quédate en tu sitio –le mandó su madre.

Atraída por los caballos, Alice prosiguió su ascensión.

–No le hagas caso. Toma –dijo Émile, dándole una manta a su mujer.

Marie se la puso encima de las piernas y cerró los ojos, exhausta por el viaje.

El cochero hizo un ruido curioso con la lengua, y el vehículo se puso en marcha. El gigante paterno atrapó a la niña y la apretó contra su madre.

–¿Cómo has dicho que se llama?

–Alice –aclaró Marie, que ya había previsto un reencuentro difícil con su esposo.

Émile Guy se sacó una calabaza del bolsillo y la llenó de mate.

–¿Cumplirás tus promesas? –preguntó con dureza, buscando los ojos de su mujer.

Marie no contestó. Émile cogió el hervidor de latón que tenía entre los pies y vertió lentamente el agua hirviendo en el pequeño recipiente rojo.

–No podría consentir que no respetaras nuestro acuerdo –añadió mientras se ponía en la boca una caña de plata finamente grabada.

–Me habías jurado que ya no hablaríamos del tema.

–¿O sea que tengo que ser yo el único que cumpla mis promesas?

–¿Qué es? –inquirió Alice acercando la mano al mate.

Émile observó a la niña, turbado por su extraordinario parecido con su esposa.

–¿Quieres probar? –dijo, ofreciéndole la calabaza.

Alice cogió la caña y aspiró el jugo dulzón.

–Le gusta –constató él con algo de desprecio.

–Como a ti –replicó Marie.

–¡Querrás decir «como a su padre»!

Émile Guy soltó una carcajada mientras Marie apartaba la vista.

–Pues ya ves, pequeña, soy tu padre...

–Ya lo sé. Me lo había dicho mamá –dijo Alice, asintiendo tímidamente.

–Bravo –se burló Émile Guy, girándose hacia su mujer–. Yo no sé si sabría mentir tan bien como tú.

–Ya aprenderás –murmuró ella.

Amanecía en Valparaíso. Alice miró el cielo, drogada por la potencia del mate, y en la forma de una nube vio la cara sonriente de su abuela. Presa de un ligero vértigo, cerró los ojos y se durmió, apoyada en su madre.

